Aún no ha ascendido a hombre
el animal, pero sí ha descendido
hasta animal el hombre.
Aún hay «albañiles que se caen
del techo y mueren y no almuerzan»,
pordioseros «que extraen un piojo de su axila»
y tiburones del Océano Glacial Metálico.
La vida sigue siendo «imparcialmente horrible»,
«Hay, hermano, muchísimo que hacer».

Que tu espíritu tanto,
en forma de vilano inverosímil,
ilumine las lúgubres cabezas
y anuncie la resurrección del hombre
o lo cree, por fin.

**Meliano Peraile**

## Ágape asolasiático

*(como tu vuelo, César, convidado)*

«Hoy es domingo y esto
tiene muchos siglos»
y una copa de altura
donde disuelvo el mar de una aspirina
y henos aquí vencidos,
congregados,
dispuestos a comernos
el mundo y sus mentiras merengadas..

No hay bendición que valga
Hemos venido
casi todos:
tu burro peruano,
tu padre y Aguedita y Nativa y Miguel,
la risa de tu «andina de junco y capulí»,
y un rey póstumo y flaco, coronado de canas,
con su familia grande (hablan de ti

como si de una aldea íntima te tratases),
un mantel huaco y una flor de frío...
No hay bendición.
Podemos comenzar...

Para poder o no partir el pan
más que cuchillo o gana necesito
tu voz de águila o agua, César, sabio,
tu aliento yaraví...

La noche como leche desolada.
Abrimos el balcón, «ya que los ojos
poseen, independientemente de uno, sus pobrezas,
quiero decir, su oficio...»,
y entraste tú volando,
cóndor cándido y viudo, una palabra
de pan bueno en el pico, cordilleras
fruncidas en tu ceño,
cenizas imperiales,
tristeando tragabas «los lloros inexactos»,
el huso de tu voz y de tu vuelo
hilaba, devanaba los sesos del idioma...
No supimos qué hacer con tanto hueco...

Héroe tendido, huérfano, adjetivo,
viniste de más alto,
de más lejos,
y llegaste tan hondo, tan párpado piadoso,
tan aquí que, sin duda,
«si algo tienes de lejos seré yo»...

A los postres llamaron a la puerta.
Que «tocan a la puerta — dijo toda mi madre.»
Saliste a ver y era la muerte enferma
con su bufanda de lana de llama
y una copa de altura:
— Soy el cuando
de todos los domingos y de todos los siglos...

Y César, abrochándose los dedos,
tosió un poquito,
la miró a los ojos,
y le dijo dispuesto:
«¿di, mamá?».

Y se fueron tranquilos, abrazados, asiáticos,
por el llano sembrado de húmeros y homenajes,
mientras en el hogar seguía ardiendo el fuego
y lloraba «en las tejas un pájaro salvaje».

**Juan Vicente Piqueras**

## Heraldos aún más negros

Siguen
los heraldos
negros acosando las patrias
ya repletas de ira.
Aterradas imágenes dejan
sucios besos de muerte
en las playas ahitas de un tan largo invierno
y nulas primaveras.
Mientras unas naciones
al fin se desperezan y contemplan sus flores
en medio de los campos
otras tristes histerias se agazapan y gritan
en la ciénaga inmensa de montes, árboles, lagos,
vientos, cordilleras.
Los nombres inmortales de la América hispana
se adormecen llorando ante uniformes verdes
e infrahumanas bestias.
Ya no es España, César,
la que sufre los odios y se llena de guerra
sino otras patrias nuestras que renacer
quisieran.
Pero que no renacen porque sobre sus tumbas
persiste el odio infame,
se alza la ceguera.
Ya se elevan los cantos hacia el azul del cielo
de los chilenos hijos
implorando una historia de paz y de clemencia
solamente un rincón